

Indias de la Nueva España con los intentos que otros muchos á ellas vienen, en busca de su plata. Pero Nuestro Señor, que le tenía señalado para que buscase las verdaderas riquezas del Reino é Indias del Cielo, le inspiró que las buscase dedicándose á su divino servicio en la Compañía; y obedeciendo esa divina inspiración, pidió ser admitido en ella. Recibióle el Padre Maestro Díaz, lográndosele tan bien sus deseos al Hermano Juan Blanco, que vivió con grande ejemplo de virtud por espacio de 34 años en la Religión. Y en los doce últimos resplandecieron en él tales ejemplos de señaladas virtudes, que todos los que lo veían le tenían por un Religioso santo, todo entregado á Dios y su divino servicio. Era tan rara y extraordinaria la paz que en él resplandecía y con que vivía, que no parecía había cosa que le perturbase, ni sacase de su paso y continua paz del corazón. En la obediencia tan puntual, que jamás faltaba á ella, ni á los ejercicios de la Comunidad ni oficios que se le encomendasen, aunque se hallase con achaques y falta de salud que padeciese. Su pobreza fué extremada, pues ni en su aposento se conoció cosa que fuese de consideración, ni en su muerte se halló en él más que una disciplina y un cilicio, que eran los instrumentos de su penitencia que siempre ejercitaba. Su paciencia y sufrimiento era de mucha edificación, porque con su humildad y mansedumbre de condición, ni dió pesadumbre ni ocasión de padecer á nadie. Y las que á él se le ofrecían (habiendo sido algunas dificultosas y amargas de sufrir), lo que respondía era: « sea por amor de Dios, mucho más merezco yo. » Era demás de esto tan sufrido en tolerar sus achaques y no ser cargoso en casa, que era menester que el Superior le apretase con rigor á que tomase lo que había menester para su salud, y las más veces, la respuesta que daba era: « que no quisiera ser cargoso con su enfermedad, ni había menester nada. » Y aunque en todas estas virtudes fué estremado el ejemplo y edificación que el Hermano Blanco daba, pero la que en él más resplandeció, y en la que todos reparaban, fué en un retiro del mundo y de las cosas que en él pasan, que causaba admiración. Porque fué tan raro el ejemplo que de esto dió, que en los doce años postreros de su vida no se le conoció persona á quien en particular conociese ó tratase, y todos esos años se le pasaron sin haber puesto los pies en la calle, si no fué raras veces que los Superiores en ocasiones de confesiones, de extrema necesidad, le mandaban que acompañase, porque él con humildad les suplicaba le dejasen en casa, ocupado en los oficios que se le encomendaban, y el manteo sólo le servía para ir á recibir el Santísimo Sacramento. Pero en ocasiones de solemnidades, de fiestas que se celebrasen con música y otros aparatos festivos, y aunque eso fuese en nuestra propia Iglesia, nunca salía á gozarlas, ocupado con mucho gusto con sólo lo que la obediencia le ordenaba. En otras ocasiones de venida de flotas de España, y de variedad de nuevas que de allí viniesen ó se leyesen en el tiempo de recreación, jamás acudió á oirlas ni á preguntarlas, como hombre ya olvidado y despedido de las cosas de este mundo. Siendo todo esto argumento de estar muy actuado en el ejercicio de oración y trato con Dios y amor divino. El cual en especial mostraba cuando comulgaba y daba gracias, después de haber comulgado con grande paz y devoción y reposo de su alma. Quiso finalmente Nuestro Señor llevar para sí y premiar el tesón y perseverancia con que este su siervo le había servido; apretáronle sus achaques y fla-

queza, de suerte que se llegó al término de su vida, y habiendo recibido con gran devoción los santos Sacramentos, conforme con la voluntad de Dios y con la paz que había vivido, le entregó su alma, siendo de edad de 53 años, y habiendo vivido los 34 de ellos en la Compañía, nos dejó los ejemplos de edificación que brevemente quedan referidos, este siervo de Dios que murió con opinión de santo, el año de 1625.

## CAPITULO XX.

### VIDA DEL HERMANO VICENTE BELTRÁN, COADJUTOR TEMPORAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

En el mismo año murió en nuestra Casa Profesa de México el Hermano Vicente Beltrán, lleno de años y merecimientos, pues murió de edad de 79 años y de 55 de Compañía; el cual, siendo mancebo seglar y de 23 de edad, profesaba la milicia, y hallándose en Roma en este tiempo, le llamó Nuestro Señor con tan grande eficacia, para que siguiese la bandera de Jesús en su Compañía, que pidió ser admitido en ella y le recibió Nuestro Rmo. Padre General Everardo Mercuriano, reconociendo que su vocación era de Dios, y bien presto se echó de ver, pues habiendo comenzado su noviciado, en el discurso de él dió tan buena cuenta de sí, que antes de acabarlo le envió nuestro Padre á España en compañía del Padre Santa Cruz, con patente que residiese en la Provincia que mejor le pareciese; y pudiendo escoger la de Aragón en donde nació en la ciudad de Tarazona, no lo hizo así, sino que escogió la de Castilla, y al cabo de cuatro ó cinco años pasó á esta Provincia de Nueva España con el Padre Antonio de Mendoza, que venía por Provincial, en cuyas manos hizo los votos de Coadjutor formado; el más tiempo de su provincialato le acompañó. Residió después en varios puestos en que le puso la obediencia, dando en todos mucho ejemplo de virtud y muy buena cuenta de lo que se le encargó, así en la Procuraduría como en los demás oficios que se le encomendaban. Acompañó á algunos provinciales que por su virtud gustaban de él, que siempre mostró en especial la de la humildad, que intentando nuestro Padre Everardo recibirle para Sacerdote, no se pudo acabar con él que admitiese grado tan superior. En la obediencia no se puede fácilmente decir cuán observante fué, y no menos de su castidad, pues en ella todo su cuidado fué conformarse á lo que nuestra regla dice de ella, procurando imitar la angelical. En la pobreza fué tal, que no tenía en su aposento más de unas estampas de papel y un Crucifijo, libritos de devoción, disciplinas, cilicio, de que usó toda su vida. Fué muy constante no sólo en las penitencias interiores de su celda, sino en las públicas del refectorio. Dábase mucho á la lección espiritual y al santo ejercicio de la oración; aun en los caminos y posadas no se olvidaba de él, para lo cual se levantaba una hora antes para gastarla con Dios; y cuando estaba en los Colegios se levantaba á las dos de la madrugada y estaba en el coro, hasta que los demás

salían de la ordinaria de la Comunidad. Cada día oía dos ó tres misas con mucha devoción; la que tuvo al Santísimo Sacramento fué muy grande, y así le visitaba con mucha frecuencia. A la Santísima Virgen tuvo cordial y filial amor, y tanto, que demás de rezarle su Oficio cada día, apenas se le caía el rosario de la mano. Pero los últimos años que por sus enfermedades y falta de salud no pudo acudir á los oficios que en la Casa Profesa tenía, desplegaba más las velas de su devoción, estándose todas las mañanas en el coro en oración, y oyendo cuantas misas se decían con gran consuelo de su alma; y éste crecía en él los primeros días de las Pascuas de Navidad, porque oía en ellas pasadas de cuarenta misas; y era tal su afecto, que al salir del coro parece no acertaba á despedirse del Santísimo Sacramento, donde parece que sólo hallaba descanso su corazón. Dotóle Dios de un grande celo de la honra y buen progreso de la Compañía, y á esto se añadía un natural tan manso, que nunca jamás le vió nadie turbado ni perder la paz de su alma, por ocasiones que se le ofreciesen en sus oficios, particularmente en el de portero, que ejercitó muchos años en la Casa Profesa y otras de la Provincia, con grande edificación de los nuestros y de los de fuera, sin que jamás se oyese la más mínima queja de su modo de proceder; ni él tampoco abría su boca para quejarse ni decir mal de nadie; fué muy aficionado de los pobres que llegaban á la portería socorriéndoles en lo que podía; cuando ya no pudo acudir á los oficios ordinarios, procuró disponerse con más fervor que de antes para la buena muerte que le concedió el Señor. Antes de la cual recibió el Santísimo Sacramento por su devoción muchas veces, y últimamente el viático y la extremaunción con su entero juicio y sentido, que conservó hasta la última boqueada con que dió el alma á su Creador, estándole diciendo la recomendación. Finalmente, fué tal la buena vida y santa muerte del Hermano Vicente Beltrán, que se pudo bien esperar de la divina misericordia, como lo juzgaban los que le conocían, que se fué á gozar de Dios en compañía de los bienaventurados, desde el punto que de esta vida partió. Porque si para semejantes siervos suyos no quiere Dios el Cielo, ¿para cuáles debíamos pensar que lo guardaba su divina Bondad, que tan deseoso está de comunicarlo á sus escogidos? Y si Cristo Nuestro Señor dijo en su divina parábola: que al siervo que hallase en vela, luego sin dilación le diría: *Intra in gaudium Domini tui*, bien podemos entender que se cumplió esto en el hermano Vicente, que en vida y muerte anduvo tan vigilante.

## CAPITULO XXI.

VIDA Y VIRTUDES DEL HERMANO PEDRO DE OVALLE,  
 CUYA DEVOCIÓN FUÉ RARA  
 PARA CON LA SANTÍSIMA VIRGEN MADRE DE DIOS. AÑO DE 1628.

Aunque en el ejercicio y consecución de todas las virtudes religiosas, fué ejemplarísimo y asiduo este bendito Hermano (á quien conocí y traté muchos años), pero en lo que estuvo más aventajada su

buena dicha, y con lo que singularísimamente edificó á sus Hermanos, fue en el afecto, amor y devoción que toda su vida guardó con la Santísima Virgen Madre de Dios, Nuestra Señora. Y por esto, dejando para después el tratar de las otras virtudes que en él resplandecieron, comenzaremos por ésta de que nos dejó admirables ejemplos, y que sin duda fué el origen y fuente de los dones divinos con que estuvo adornada su alma, que fueron grandes. Cuarenta y dos años vivió el Hermano Pedro de Ovalle en la Compañía, y los más de ellos en nuestro Colegio de México, ejercitando el oficio de maestro de escuela en el Seminario de Indios que está anexo al dicho Colegio. Y pudiéramos decir que le puso Dios aquí con intervención de su Santísima Madre, para que avivase y encendiese la devoción de esta Soberana Señora en todos los que le conocían y trataban. Porque era tal esa su devoción, que cualquiera que le hablase, aunque no le conociese, echara de ver el tierno y entrañable amor que á la Virgen Santísima tenía. De esto eran sus conversaciones, su trato y coloquios santos, ni había cosa que le diese gusto, sino oír tratar de esta Soberana Señora. Y cuando alguno le quería hacer algún regalo, no había menester más que tratarle de las excelencias y devoción de la Santísima Virgen. Cuando le querían pedir alguna cosa, con decirle por amor de la Virgen, agradecía que se la pidiesen, y si la tenía, al punto la daba, y si no, la buscaba y pedía licencia para darla. Todo su estudio, cuidado y ansia era imprimir en los corazones de todos el dulcísimo amor y devoción que él había experimentado con la Soberana Reina de los Ángeles; sus fiestas las celebraba con tan particular regocijo y júbilo de su alma, que esos días llenaba de alegría y fervor á todo el Colegio con esa devoción, porque habiendo hecho de limosnas que le daban un muy hermoso Tabernáculo todo él dorado y de obra prima, éste lo colocó, y en él una hermosísima y antigua Imagen de la Virgen en el descanso de la principal escalera del Colegio, para que todos la venerasen y saludasen frecuentemente, en aquel paso que tenía adornado con una lámpara de plata y varios perfumes. Aquí el devotísimo siervo de la Virgen derramaba su corazón, y al pasar eran sus jaculatorias. Aquí las vísperas de las principales fiestas de la Virgen al anochecer, con instrumentos músicos, y voces y cánticos de alabanzas de la Virgen, alegraba y fervorizaba todo el Colegio. Demás de esto, nueve días antes de esas fiestas, se prevenía para ellas con particulares ratos de oración y ejercicios espirituales; exhortando á todos que hiciesen lo mismo; y no contento con esto, él mismo, de aposento en aposento acordaba y avisaba á los que tenía prevenidos, ó deseaba que se diesen á esta devoción, para que se preparasen para ella. Y cuando ya habían pasado los nueve días, la víspera salía en pública disciplina al refectorio en honra de esta Soberana Señora, y pedía licencia general al Superior para convidar á todos los de casa á que hiciesen lo mismo. Finalmente, fué tan particular y rara esta devoción, que se pudiera escribir mucho de ella. Porque no parecía sino que de noche y de día, ni trataba ni pensaba en otra cosa el Hermano Pedro de Ovalle, sino en extender y pegar un dulcísimo y fervorosísimo amor de la Virgen Madre de Dios, en los corazones de todos; y quería y procuraba que los que trataba, prójimos, niños, estudiantes, españoles, indios y negros, á todo género de gente les pegasen la misma devoción.

Los que veían y reconocían en este siervo de Dios tan fiel y fervo-

roso amor y afición, con la que es Madre del Dios de misericordias, no dudaban de que las recibía grandes de su mano, y varias veces llegaron algunos Padres á conversar con él, con intento de sacarle por su edificación algunas noticias en esta materia, pero el humilde Hermano andaba con tanto cuidado y recato, que divertía las pláticas, y con la rara prudencia y discreción de que Dios le había dotado, y con su silencio que siempre guardaba, encubría los dones divinos que sin duda recibió de la Santísima Virgen. Porque la devoción que el Hermano Pedro de Ovalle tenía á esa Soberana Señora, no se quedaba solamente en deseos y afectos tiernos y palabras, sino que con mucha diligencia procuraba imitar sus virtudes, como amoroso hijo de tal Señora y Madre. Su mortificación y penitencias eran continuas hasta su muerte; su recogimiento y retiro del mundo muy grande; raras eran las veces que aunque fuera para solemnidades religiosas salía de casa; su oración y visitas al Santísimo Sacramento muy frecuentes; y sobre todo, fué singular la edificación que dió en la ocupación que tuvo muchos años y postreros de su vida, en tener á su cargo la escuela de los indios y colegiales de nuestro Seminario de San Gregorio. Porque era notable la caridad con que cuidaba de ellos: enseñándolos á leer y escribir, porque era excelente escribano. Enseñábalos la doctrina cristiana, é imponíalos en devoción que rezasen el rosario, que oyesen Misa; haciéndose por Cristo niño con los niños el santo viejo, que era en su semblante y estatura de cuerpo muy venerable. Era esto de suerte, que sabiendo muchas personas principales y nobles de la ciudad, el aprovechamiento con que en virtud y devoción criaba el Hermano Pedro de Ovalle á aquellos pobrecitos indios, le pedían y rogaban que admitiese sus hijos en su escuela; lo cual él hacía con licencia del Provincial, que se la había dado para estos españoles y otros hijos de personas pobres que no tenían posibilidad para pagar la enseñanza de sus hijos en otras escuelas de seglares. Notable fué el ejemplo de todas virtudes que el Hermano Ovalle dió en este tiempo. En él, demás de lo dicho, compuso dos devotos tratados que se imprimieron en tomos manualitos, de que muchas personas se aprovecharon, el uno de la devoción de la Santísima Virgen y el otro del Ángel de la guarda, con quien se supo que tenía una muy familiar devoción.

Después de los ejemplos de todas estas virtudes, en que resplandeció el Hermano Pedro de Ovalle, y siendo ya de edad de 70 años, y habiendo vivido los 42 de ellos en la Compañía, quiso el Señor que se le llegase la hora de su dichosa muerte, á la cual años antes llamaba este siervo de Dios la grande limosna; porque era modo de hablar y refrán suyo cuando le apretaban los achaques que padecía, llamarlos limosnas que le hacía Dios; y luego añadía, que aguardaba la grande, entendiéndolo por esto, la que con su muerte pensaba recibir; y con razón la esperaba el que con tanto cuidado se prevenía para ella. Y la misma Virgen, como á tan hijo suyo, parecía que lo iba disponiendo para llevárselo al Cielo. Porque los últimos años de su vida, aunque en toda ella había sido muy devoto, le notaban más asistencia en el coro, mayor cuidado con sus disciplinas públicas, mayor silencio con los hombres, mayor trato y familiaridad con nuestro Señor, en quien traía ocupados todos sus sentidos; lo cual se echaba de ver, en que muchas veces le encontraban algunos de los nuestros que vivían con él en San Gregorio, y pasando junto á él no los sentía ni les quitaba el

bonete, siendo así verdad que no era esto por falta de cortesía en el Hermano Pedro (porque la tenía tan grande y era tan humilde, que la guardaba aun con los indios y negros, quitándose el bonete cuando los encontraba), sino porque andaba tan absorto en Dios, que á veces se enajenaba de sus sentidos corporales. Otra cosa se le notó á este siervo de Dios, en el tiempo que ya estaba cercana su muerte, que confirma lo dicho. Esta fué, que siendo costumbre suya las vísperas de algunas fiestas de su devoción el cantar en el refectorio para edificación de los demás, y mortificación propia, alguna oración de la doctrina cristiana, la última vez que cantó antes de su muerte, fué de las Bienaventuranzas, como quien anunciaba que se disponía y se despedía para ir á gozarlas y cantarlas al Cielo; y que aquella sería la última vez que las cantase en la Tierra, como lo fué. Porque apretándole por una parte los achaques que padecía, y por otra la flaqueza de su anciana edad y calentura lenta, ésta le acabó. Y habiendo recibido todos los Santos Sacramentos, con grande paz de su alma la entregó en manos del Señor, con una tan dichosa muerte, que dejó envidiosos de ella á los presentes, que juzgaban iba á gozar del premio de las grandes virtudes que en vida ejercitó. Murió el año de 1628, teniendo 70 de edad, y su cuerpo está enterrado en la Iglesia de nuestro Colegio de México, donde descansa hasta la universal resurrección.

## CAPITULO XXII.

### DE LA MUY RELIGIOSA VIDA Y SANTA MUERTE DEL HERMANO FRANCISCO ROMERO, COADJUTOR TEMPORAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1633.

El muy religioso P. Juan Dávalos, cuya vida dejamos escrita atrás, siendo devotísimo de aquellos varones que veía se señalaban en el servicio de Dios Nuestro Señor, recogió y escribió las ejemplarísimas virtudes del Hermano Francisco Romero, siendo su Superior y Rector cuando este siervo de Dios murió. Y la primera virtud en que escribió haberse señalado, fué aquella de la cual dijo el Apóstol Santiago que era señal de haber conseguido uno la perfección: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir*. Y así que por el grande silencio que en particular en hablar de sus cosas el Hermano Francisco había guardado, no se podía escribir todo lo interior de sus grandes virtudes. Fué tal la atención de este perfecto y religioso Hermano en las palabras que había de hablar, y el silencio que guardó en 50 años que vivió en nuestro Colegio de Oaxaca, que jamás le vieron hablar á puerta de aposento ni aun entrar en el de alguno de casa, si no era el de su Superior ó confesor, y esto en cosas forzosas ó necesarias á su ocupación y oficio; y con haber sido los que por tiempo de 42 años le encargó la santa obediencia de tal calidad, que le obligaban á tratar con seglares fuera de casa, ó siendo Procurador ó comprador, jamás hubo persona que tuviese la más mínima queja de él, antes todos venera-

ban su santidad y ejemplo. De este silencio y recogimiento interior que guardaba, seguía y colegía el ejercicio muy continuo y trato interior que traía con Dios. Levantábase una ó dos horas antes que la Comunidad, y era tan continua su devoción y trato con Nuestro Señor, hablando siempre con Su Majestad aun cuando andaba ó trabajaba en el oficio de sacristán, de que cuidó 30 años, que los mismos indizuelos que le ayudaban se lo notaban; y yo (añade el Padre Rector), con grande edificación mía, lo echaba de ver. El, por sí mismo, tocaba á sermón, y lo mismo en barrer la Iglesia; hacía las hostias, regaba las plantas, yerbas ó flores que habían de servir para adorno de la Iglesia, y todo con tanta puntualidad y continua atención, que causaba admiración. La limpieza y aseo que procuraba en las cosas de la Iglesia, fué muy notada y alabada de todos, y se manifestaba en los ornamentos, aun muy ordinarios, que no parecía que habían servido, según el cuidado que en todo ponía. Y este su cuidado de las cosas que pertenecían al Culto Divino, era tan singular, que el señor Obispo, cuando iba á nuestras fiestas, lo solía notar y decía á sus Prebendados que el Hermano Romero con sus pobres alhajas adornaba de suerte su Iglesia, que excedía al rico de su Catedral. Y toda su solicitud y trabajo era tan acompañado de su amado silencio, que nunca se le oyó palabra ni significación de que trabajaba ó hacía cosa alguna, siendo así que todo lo más de ornato que había en la Iglesia, se debía á su cuidado y diligencia.

En su humildad y pobreza religiosa dió siempre notable edificación; andaba con un manteo tan viejo y remendado, que apenas se conocía cuál era el paño principal, y cuando iba á la plaza á comprar el pan ó la fruta, él mismo la cargaba y traía, con no poca admiración de la gente que estaba en la plaza, que grandemente se edificaba de ver á un viejo de casi 80 años, que daba tales ejemplos de humildad; su cama pobrísima, y con unas frazadas tan viejas, que reparando el Superior en ellas una vez que entró en su aposento, respondió que aquellas le habían servido 40 años. Regalo jamás lo admitió ni le tuvo con ser ya de tan anciana edad; su abstinencia fué casi continua, porque era parcísimo en su comida, y lo mismo en el sueño. Su obediencia admirable, y de ella nacía que delante de sus Superiores y de los Padres Sacerdotes, era menester hacerle fuerza á que cubriese sus canas mientras estaba en su presencia. Su modestia era tan rara, que no levantaba los ojos del suelo; sucedió en algunas ocasiones preguntarle el Superior quiénes eran unas mujeres que estaban en la Iglesia, y con ser así que era gente que frecuentaba nuestras Iglesias, respondió que no las conocía. Y bien notada tenían las señoras de la ciudad la modestia del Hermano Romero, de quien celebraban y referían, que aunque salía muchas veces á ver lo que era menester en su Iglesia, no levantaba los ojos del suelo. Y cuando hubo muerto el siervo de Dios, luego que entre otras personas de la ciudad oyó un Regidor el doble de la campana, entró en nuestra Iglesia y casa á ver el cuerpo difunto y besarle la mano, diciendo con gran devoción: «en 40 años y más que há que conozco al P. Romero, siempre le conocí en esta su singular humildad y modestia;» á lo cual otros añadieron que sólo verle en la plaza les causaba devoción esta su compostura y modestia. A la cual atribuyeron muchos seglares que acudieron á su entierro, y entre ellos otros Religiosos de Santo Domingo y de Nues-

tra Señora de las Mercedes, que llegando á ver el cuerpo difunto, notaron que tenía los ojos tan claros, tan lindos y apacibles, como si estuviera vivo, y les causó tanta novedad, que avisando de ella al Padre Rector Juan Dávalos, llegó á verlos y dejó escrito que estaban tales, que por ellos nadie lo juzgara por muerto. Y también pudieran atribuir esta hermosura de ojos del Hermano Francisco Romero ya difunto, otra virtud en que resplandeció, que fué no mirar ni hablar de faltas de sus prójimos, sino de los buenos ejemplos y virtudes que veía en ellos. De la castidad y pureza de este varón santo, referían sus confesores grandes loores y alabanzas, y todas concordaban con la grande modestia que de él queda referida. Y finalmente, escribió de él su Superior, y con él afirmaban los de casa, que fué un perfecto hijo de la Compañía y cual lo piden sus Reglas, guardándolas de suerte, que no le notaron que faltase en la más mínima de ellas; añadiendo, que si él con su grande silencio no hubiera encubierto tanto sus virtudes, pudieran decir más de lo que queda referido. Y no sólo las personas de cuenta y españoles, pero aun los indios y morenos (que son muchos los que hay en la ciudad de Oaxaca), le llamaban santo Romero.

Quiso Nuestro Señor que llegase el tiempo de premiar las grandes virtudes de este siervo, y el Domingo de Carnestolendas, cuando él prevenía la célebre fiesta de las Cuarenta Horas, que está descubierta el Santísimo Sacramento, le sobrevino un tan extraordinario frío, que sin hablar palabra le obligó á retirarse á su aposento. Sabiéndolo el Superior fué á verlo, y lo halló recostado sobre una banca, hízole acostar en su cama y que se llamaría el médico, y aunque el Hermano, con su encogimiento y hecho á pasar sus trabajos y achaques en silencio, lo rehusaba; vino el martes el médico, y hallándole con crecimiento de calentura, le recetó y se le aplicaron varios remedios, y no aprovechando estos, el día siguiente, miércoles, se le dió el Viático, y por ser día de la Ceniza pidió que se la pusiesen, y aun pidió la Extremaunción estando en su entero juicio, y hablando con los que allí estaban con tanta serenidad y paz, que no se le oía un quejido; y así, no se le dió por entonces el santo Oleo. El jueves en la noche, que se quedaron con él dos de casa y echaron de ver que á media noche se levantó, y puesto de rodillas levantó las manos juntas al Cielo, y llegando á quererle acostar, les pidió encarecidamente que le dejasen estar así, que no podía menos, por ser muchas las Señoras y el Señor que con grande luz le venían á visitar; y por esto que dijo, lo dejaron así por un rato, que bien se sabe que no todas las visitas que se hacen del Cielo las ven siempre los presentes, sino sólo la persona á quien Dios es servido de consolar con ellas. El viernes se echó de ver, á las dos de la tarde, que caminaba muy aprisa á su dichoso fin, y poco después entregó su alma al Señor, con tan grande sosiego, que no se aseguraba que hubiese espirado, hasta que haciendo traer un espejo se hizo la prueba. Hízose señal con la campana, y en oyendo el doble en la ciudad, vinieron algunos caballeros á besarle: unos las manos y otros los pies, por la estima que de él tenían. El sábado por la mañana le enterraron solemnísimamente, acudiendo á su entierro casi toda la ciudad, que por tantos años, con sus grandes virtudes, había edificado. El cuerpo llevaron á la sepultura con los nuestros, otros Religiosos de Santo Domingo y de Nuestra Señora de las Mercedes, tomando algunas cosas por reliquias, aclamándole por va-

rón santo y derramando muchas lágrimas, así los de casa como los de fuera; y concluye el Padre Rector Juan Dávalos, diciendo: «Confieso que la muerte de este Hermano me ha dejado tiernísimo; porque veneraba su santidad, que en mi opinión era grande, pedíle me ayudase desde el Cielo y ofrecíome hacerlo, donde espero en la divina Majestad que está gozando del premio muy colmado de sus largos y dichosos trabajos.» La edad de que murió este siervo de Dios con puntualidad no se puso, sólo que vivió en la Compañía 56 años, y los 50 en el Colegio de Oaxaca y los 42 en el grado de Coadjutor formado, habiéndole recibido en la Compañía el P. Dr. Pedro Sánchez, primer Provincial de ella en la Nueva España, y dos años después que se fundó esta Provincia. Murió el año de 1633, y su nombre y ejemplo de su santa vida quedó muy en la memoria de todos.

### CAPITULO XXIII.

DE LA VIDA Y VIRTUDES  
DEL HERMANO FRANCISCO DE URBINA, COADJUTOR  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1636.

Llevó Dios para sí en la Casa Profesa, el año de 1636, á otro Hermano antiguo, que por tiempo de 26 años vivió en la Compañía, con muy singular virtud y ejemplo. Este fué el Hermano Francisco de Urbina, vizcaino de nación y natural de un lugar junto á la ciudad de Vitoria. Siendo mancebo de pocos años salió de su tierra, y por su buena suerte vino á parar á nuestro Colegio Imperial de Madrid, donde le acomodaron para que allí trabajase y ayudase á coser en la ropería de aquel Colegio. Era Francisco de natural muy compuesto y modesto, y así, se aplicó muy bien á los ejercicios de virtud que veía hacer á los Religiosos de casa, frecuentaba los Santos Sacramentos y procedía con tanta virtud, que ya el Hermano Romero, que lo tenía á su cargo, deseaba que un mancebo tan compuesto se aplicase á entrar en la Compañía. Por otra parte (como después se supo), el Angel de su Guarda, apareciéndosele en varias ocasiones, en una de ellas le exhortó que se entrase de Religioso en la Compañía. Por este tiempo el P. Nicolás de Arnaya, Procurador de nuestra Provincia de Nueva España, volviendo de Roma, recogía sujetos en las Provincias de España para ésta de Nueva España, y estando en Madrid, se le ofreció el mancebo Francisco de Urbina para venir sirviendo en el viaje de la navegación á los Religiosos que viniesen á las Indias, para donde Dios le llamaba y daba deseos de entrar en la Compañía. Admitió la oferta del devoto mancebo el P. Nicolás de Arnaya, por la aprobación que daban de su virtud todos los Padres de casa que le conocían. Pero por la misma razón, el Hermano Romero, que también lo conocía y estaba satisfecho del buen natural y virtud del sujeto, hacía diligencias con Francisco para que se quedase y entrase en la Compañía en aquella Provincia, y no lo pudo vencer, porque parece que Dios lo llamaba á las Indias. Y así, por orden del Padre Procurador, se partió

para Sevilla, y se embarcó con los demás Padres y Hermanos que venían para México. En la navegación, aunque venía seglar, procedía con tanto ejemplo de humildad y virtud, como si fuera Religioso, sirviendo con mucha edificación en todo cuanto se le mandaba.

Llegado á México, el P. Nicolás de Arnaya (que venía por Provincial de esta Provincia) le cumplió sus deseos al pretendiente Francisco, y recibéndole en la Compañía lo envió al noviciado de Tepotzotlán, y el que siendo seglar había procedido con tanto ejemplo de virtud y modestia, con ventajas se adelantó en todos los ejercicios del noviciado, y quedó ya Religioso, edificando á los nuestros y á los de fuera en todos los puestos y oficios que le encargó la santa obediencia, y en que se empleó por todo el tiempo de su vida; donde quiera que estaba daba grande ejemplo en todas las religiosas virtudes, y por ellas era de todos amado y estimado. Porque lo primero, acabado su noviciado, se quedó en él algunos años haciendo oficio de ropero, cuando ya era antiguo en la Religión; pero en la humildad y caridad, con todos se trataba como novicio y por su mucha devoción y fervor que en ella siempre conservó, era inclinado á vivir entre los novicios; mirábalos como á hechuras de Dios y nuevas plantas de la Religión de la Compañía, que él amaba por extremo, y como aquella, á la cual el Angel de su Guarda le había traído. Y es cierto, y todos los que le conocíamos lo teníamos advertido, que era eminente en amar, estimar y hacer aprecio del Instituto, Reglas y ministerios de su madre la Compañía; y fué virtud ésta en que grandemente resplandeció toda su vida el Hermano Francisco de Urbina. Esmerábase, según su estado, en sus alabanzas, pensando siempre cómo darla á conocer y estimar á todo el mundo; alabándola en todas sus pláticas, de suerte, que apenas sabía hablar sino de Dios ó de la Compañía. De aquí le nacía que todos los papeles de nuevas de edificación, ministerios ó célebres misiones que hacían los de la Compañía, vidas ó martirios de sus varones ilustres, todo eso lo trasladaba, recogía y guardaba, deseando que se aplicase para mayor gloria de Dios y de la Compañía; y su ejercicio los días de fiesta, en que se hallaba desocupado de su oficio, era leer, notar y escribir semejantes papeles. A esto se allegaba, que en el tiempo que vivió en el noviciado, con limosnas que se le dieron y otras que él procuraba con licencia de los Superiores, hizo pintar de extremado pincel, en cuadros grandes, nuestros santos canonizados y beatificados, de quienes era devotísimo, y las vísperas de sus fiestas salía con particulares mortificaciones y penitencias al rectorio, para celebrarlas. Con las dichas pinturas adornó el claustro de los novicios, para que con estos ejemplares se afervorizasen en su imitación; y en estos ejercicios santos, y dando grande ejemplo de virtud en el noviciado de Tepotzotlán, gastó diez ó doce años.

De aquí le pasaron los Superiores á que hiciera oficio de ropero en la Casa Profesa de México, donde procedió con la misma edificación con que había vivido en el noviciado, y perseverando todavía en la devoción de nuestros santos, hizo pintar otros grandes lienzos de los viajes y acciones ilustres de nuestro Padre San Francisco Javier en la India, que se colocaron en nuestra Iglesia, y otras pinturas de varones ilustres de nuestra Compañía, que han predicado el Evangelio en varias regiones del mundo, entre herejes y gentiles, las cuales pinturas están colgadas en nuestro claustro de la Casa Profesa, en que